

Homilía de Laudes

31 de agosto de 1968

Carísimos hermanos en Cristo:

Alegrémonos en este día consagrado a María, seguros de que en los cielos Ella continúa su oficio salvador, alcanzándonos "por su múltiple intercesión los dones de la eterna salvación." (LG 62)

Alegrémonos y cantemos con Ella la alabanza del Señor, y la suya, diciendo, "Mi alma magnífica al Señor, y exulta de júbilo mi espíritu en Dios, mi Salvador, porque ha mirado la humildad de su sierva: por eso todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mí maravillas el todo Poderoso, cuyo nombre es santo." (Lucas 1.46-49)

Alegrémonos llenos de confianza en nuestra Madre celestial porque como enseña el Vaticano Segundo, María "precede con su luz al pueblo de Dios peregrinante." (LG 68)

En estos días de santa fatiga en que los Pastores del Pueblo de Dios, peregrinando en este inmenso continente Latinoamericano, buscan en los signos de los tiempos alumbrados por la luz de la Revelación divina, la solución para los gravísimos problemas que se plantean y atormentan a toda la humanidad ya elevada por la Encarnación, Pasión y Resurrección del Hijo de María a la dignidad de hijos de Dios y de herederos del reino de los cielos, pongamos nuestras labores y ansiedades en las manos poderosas de la Reina de estas tierras vastísimas que Ella se dignó visitar en el monte sacro de Tepeyac y de donde continúa dispensando las gracias del consuelo, de la valentía y de la paz interior a los humildes de corazón, que como Ella se someten con amor a la santísima voluntad

del altísimo, a todos aquellos que dando el verdadero valor en las cosas de este mundo siguen viviendo en él como peregrinos, buscando los sublimes valores de la patria venidera y perdurable.

En estos últimos días hemos escuchado palabras muy bellas sobre la pobreza evangélica, sobre el verdadero desprendimiento y uso de las cosas que el Señor ha creado para servicio de la dignidad y salvación de los hombres. El testimonio de esta pobreza es indispensable en todos los tiempos de la vida del Pueblo de Dios y no solamente en nuestros días, porque esta pobreza y desprendimiento son, me parece, la expresión más impresionante de nuestra confianza en la Divina Providencia.

Inspirados por este mismo espíritu de desprendimiento y pobreza que llenaba el corazón de María al recibir el saludo de su prima Isabel, humillémonos como Ella ante El todo Poderoso cuyo nombre es santo, conscientes que El ha mirado nuestra débil condición Humana y sin embargo ha hecho en nosotros maravillas, haciéndonos Su Pueblo, Su Familia, hermanos de Su Hijo, hijos de su Madre, poniéndonos a algunos como Pastores de su grey para que imitando a Jesucristo, el Hijo de María, entreguemos alegremente nuestras vidas por nuestros hermanos.

Frente a la tarea gigantesca de contestar al mundo Latinoamericano y a todo el mundo las preguntas inquietas que nos hacen, nosotros los Pastores humildes y pobres de espíritu del Pueblo Santo de Dios, elevamos las manos suplicantes hacia el trono de María, la Madre de la Iglesia, é imploramos de Ella la luz con la cual "precede al pueblo de Dios peregrinante." (LG 68)

Haciendo nuestras las palabras del gran poeta, digámosle, "Virgen madre, hija de tu Hijo, la mas humilde y alta de las criaturas, término fijo de la eterna voluntad, tú eres quien la humana naturaleza ennobleciste, de modo que su hacedor no desdeñó convertirse en su hechura. En tu vientre se encendió el amor, por cuyo calor, en la eterna paz, esta flor germinó...Tu benignidad no solo socorre a quien pide, sino que muchas veces libremente se anticipa a la petición. En tí la misericordia, la piedad, la magnificencia, se reúnen con toda bondad que se pueda encontrar en la criatura." (Dante, Paraiso, C. 33)

En este momento, venerados y amadísimos hermanos, no puedo resistir al impulso de mi fé sencilla que me hace ver a María mirando esta santa asamblea, reunida bajo su protección, fijando sus ojos "por Dios amados y venerados," en nosotros, y demostrando cuan "gratos le son los devotos ruegos." Y como el poeta yo la veo enderezar esos ojos benditos "a la eterna luz, en la cual no se puede creer que la mirada de ninguna criatura penetre tan claramente." (Ibid.)

Como podrá la Santísima Trinidad rechazar la súplica de esta Madre implorando luz para los Pastores del rebaño de su Hijo? Como podrá el Padre resistir a los ruegos de su Hija predilecta? Como podrá el Hijo olvidar la Madre amantísima que Le dió la carne y la sangre con que cumplió la misión y la voluntad de su Padre? Como podrá quedarse frío el Espíritu Santo delante de los ojos purísimos de su Esposa que suplicantes Le piden la luz que alumbre a la

Iglesia de la cual El es la vida?

Por lo tanto, llenos de fé en la intercesión de la Madre de la Iglesia, continuemos con confianza sobrenatural la obra salvadora que hemos empezado para extender en todo el mundo, pero especialmente en América Latina, el reino del Hijo de María, que es el reino de la vida, de la gracia, de la justicia y de la paz.

Llenos de amor, humildad y valentía, digamos a todo el Pueblo de Dios, "No temas, Sion. No se caigan tus manos, que está en medio de ti Yavé como poderoso salvador; se goza en tí con transportes de alegría, te ama con delirio". (Sofonías 3.16-17)

Que María, la Madre de la Iglesia, oiga nuestras plegarias humildes y fervorosas y las lleve purificadas hacia la Luz Eterna que es la felicidad que nunca acaba al gozo de la cual el Creador llama sin cesar a todos los hombres. Así sea.